

LA SEÑAL DE LOS CUATRO



ARTHUR CONAN
DOYLE LA
SEÑAL DE
LOS CUATRO

La señal de los cuatro

Título original: *The Sign of the Four*

Autor: Arthur Conan Doyle

Traductora: María Ofelia Pérez Lis

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Diseño de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti

1ª edición: julio 2026

ISBN 978-950-02-1784-2

Impreso en Buenos Aires Print,

Sarmiento 459, Lanús Este,

provincia de Buenos Aires,

en julio de 2026.

Tirada: 4000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Conan Doyle, Arthur

La señal de los cuatro / Arthur Conan Doyle. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

224 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: María Ofelia Pérez Lis.

ISBN 978-950-02-1784-2

1. Novelas Policiales. 2. Novelas de Misterio. 3. Narrativa

Inglés. I. Pérez Lis, María Ofelia, trad. II. Título.

CDD 800

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

La ciencia del razonamiento deductivo

Sherlock Holmes alzó la botella de la esquina de la repisa de la chimenea y, luego, sacó su jeringa hipodérmica de su impecable estuche de cuero fino. Con sus dedos largos, lívidos y nerviosos, insertó la fina aguja y arremangó la manga izquierda de su camisa. Por un momento, sus ojos se detuvieron ensimismados en el musculoso antebrazo y la muñeca, llenos de diminutos puntos y huellas de los innumerables pinchazos. Al final, introdujo la punta filosa en la carne, ejerció presión descendente en el frágil émbolo y se dejó caer hacia atrás, con un profundo suspiro de placer, mientras se arrellanaba en el sillón de terciopelo.

Tres veces por día, a lo largo de muchos meses, había sido testigo de esa maniobra; pero la repetición no había logrado acostumbrar a mi alma. Al contrario, cada día mi irritación se hacía mayor ante esa escena y noche

tras noche mi espíritu se rebelaba al suponer que me había faltado coraje para hacer oír mi discrepancia. Muchas veces me había jurado que le espetaría todo lo que opinaba sobre aquello; pero algo en las maneras gélidas y displicentes de mi amigo lo convertían en la última persona con quien uno quiere tomarse algo semejante a una libertad. Su gran potencia, su estilo de mando y mi propia experiencia de sus incontables y asombrosas cualidades me quitaban confianza y me impedían llevarle la contra.

De todos modos, ya fuera a causa del Beaune que había tomado en la comida o por el enfado añadido que me provocaba la extrema decisión con que Holmes había actuado, lo cierto es que esa tarde sentí de pronto que no podía continuar reprimiéndome más tiempo y le pregunté:

—¿Qué fue hoy: morfina o cocaína?

Lánguidamente, alzó los ojos del antiguo libro con letra gótica que tenía abierto.

—Cocaína —respondió—. Una solución al siete por ciento. ¿Le interesaría probarla?

—En absoluto —respondí con hosquedad—. Mi condición física aún no se recupera totalmente de la campaña en Afganistán. No puedo provocarle ninguna tensión fuera de lo habitual.

Holmes se rio ante mi ímpetu.

—Tal vez la razón esté de su parte, Watson —dijo—. Supongo que los efectos de la cocaína en el físico son negativos, sin embargo, hallo que aviva y esclarece la mente de una manera tan significativa que sus efectos secundarios me parecen efímeros.

—¡Piense usted! —dijo con vehemencia—. ¡Conjeture el resultado! Tal vez su mente se aclare y se estimule, según asevera; pero lo hace a través de un procedimiento enfermizo y morboso, que produce modificaciones en los tejidos y que, con el transcurso de los años, puede provocarle una secuela crónica. Conoce, además, la terrible reacción producida cuando concluyen sus efectos. Estoy convencido de que es un precio muy alto. ¿Para qué arriesgarse, solo por un placer fugaz, a que esas increíbles habilidades que tiene desaparezcan? Entienda que no le estoy hablando solo como un amigo, sino como médico y, hasta cierto punto, como la persona a cargo de su estado físico.

No se mostró enojado. Muy por el contrario, unió las puntas de sus dedos, con los codos en los apoyabrazos del sillón, como alguien con ganas de charlar, y dijo:

—Mi mente se rebela ante la inmovilidad. Deme problemas, deme tareas, tráigame los más enrevesados criptogramas o los análisis más complejos, y allí me hallaré en mi ámbito. Seré capaz de privarme de estimulantes

artificiales. Pero detesto la hastiante monotonía existencial. Busco fervorosamente la excitación de la mente. Ahí está el motivo por el que escogí esta profesión a la que me dedico o, mejor dicho, por qué razón la creé, ya que soy la única persona en el mundo que la profesa.

—¿Es usted el único detective privado? —le pregunté, mientras arqueaba mis cejas.

—El único detective privado de consulta —me respondió—. Soy el tribunal de apelaciones de mayor jerarquía en el área de la investigación criminalística. Cuando Gregson, Lestrade o Athelney Jones están sobrepasados (lo que, convengamos, les sucede bastante a menudo), vienen a mí a plantearme la cuestión. Yo hago un examen de los datos como experto y doy mi veredicto. En esas oportunidades no pretendo obtener ningún mérito. Mi nombre no se hace público en los periódicos. Mi mayor premio se halla en la tarea misma, en el disfrute de encontrar dónde ejercitar mis peculiares talentos. Pero ya en el caso de Jefferson Hope usted bien pudo ser testigo de mi trabajo y del método que empleo.

—Por supuesto —respondí con cordialidad—. Nada en toda mi vida me causó tanto impacto. Incluso le di forma literaria en una historia que tiene por título, algo fantástico, *Estudio en escarlata*.

Holmes volvió su cabeza con melancolía y dijo:

—Le di una ojeada. Para serle sincero, no puedo darle mis felicitaciones por ese texto. La investigación es, o tendría que ser, una ciencia exacta, que necesita que se trate de forma fría y sin emotividad, como toda ciencia exacta. Usted le ha querido imprimir cierto aire de novela y el producto es el mismo que si fuese una narración amorosa o si refiriera el rapto de una mujer mediante el procedimiento empleado para la quinta proposición de Euclides.

—Lo novelesco se encontraba allí, y yo no podía cambiar lo sucedido —le respondí censurándolo.

—Algunos hechos deberían ser eliminados o al menos mencionados en proporción adecuada. El único punto que en ese caso vale la pena es el especial razonamiento analítico de efecto a causa que me dio la posibilidad de desentrañar el caso.

Su crítica de un texto que había escrito especialmente para que le fuera de su agrado me mortificó. También me indignó el egocentrismo que pretendía que de la primera a la última línea mi texto se viera dedicado a sus propias actividades particulares. En más de una oportunidad, a través de los años que tenía de convivir con Holmes en Baker Street, había advertido que detrás de esas formas tranquilas de mi compañero se escondía un dejo de petulancia. Sin embargo, no emití ningún comentario y permanecí en el sillón masajeando mi pierna herida. No

hacía tanto tiempo, una bala de fusil la había atravesado y, aunque no me imposibilitaba caminar, cuando el tiempo cambiaba, me dolía.

—En los últimos tiempos, mi trabajo se expandió hacia el continente —comentó Holmes, luego de un momento, mientras cargaba su vieja pipa fabricada con raíz de eglantina—. La semana que pasó me consultó François le Villard; ya estará al tanto de que es uno de los que están a cargo del Servicio de Investigación Criminal francés. Si bien dispone de ese talento céltico característico de la intuición veloz, le falta bastante en la amplísima área de los saberes exactos esenciales como para conseguir el desarrollo profesional cumbre. El caso se relacionaba con un testamento y tenía ciertas características de interés. Pude marcar un paralelo con dos casos, acontecidos uno en Riga, en 1857, y el otro en Saint Louis, en 1871, los que lo condujeron a la resolución exacta. Aquí está la misiva que llegó esta mañana, en la que me agradece por la colaboración que le presté.

En tanto decía esto, me alcanzó una hoja de papel de cartas extranjero algo arrugada. Al cruzar mi vista sobre ella, vi una cantidad de signos de admiración y una serie de *magnifiques*, de *coup-de-maîtres* y de *tours-de-force*, lo que atestiguaba la absoluta admiración del francés.

—Se dirige a usted como un discípulo lo haría a su maestro.

—Aprecia demasiado mi ayuda —sentenció Sherlock Holmes con displicencia—. Es un individuo con una capacidad considerable. Tiene dos de las tres virtudes imprescindibles para convertirse en el detective ideal: la capacidad de observación y la de deducción. Falla en los conocimientos, aunque tal vez eso lo adquiriera con el correr del tiempo. Actualmente se encuentra traduciendo mis pequeñas obras al francés.

—¿Sus obras?

—¿No estaba enterado? —se sorprendió riendo—. He escrito varias monografías. Todas relacionadas con cuestiones técnicas. Aquí hay, por ejemplo, una acerca de las distinciones entre la ceniza de los diferentes tipos de tabaco. Enumera los tipos de tabaco de ciento cuarenta formas de cigarros, cigarrillos y preparados para pipa, y tiene ilustraciones en colores con las que se ejemplifican las diferencias de cada una de las cenizas. Es una cuestión que surge cotidianamente en los procesos criminales, y a veces es de una importancia clave. Obviamente el área de búsqueda se restringe de una forma notable si es posible establecer de modo concluyente que el autor de un asesinato es una persona que fuma tabaco *lunkoh*, de la India. El ojo entrenado halla entre la ceniza oscura de un Trichinopoly y la pelusa blanca del que se conoce con el nombre de *ojo de pájaro*, una diferencia tan enorme como entre una col y una papa.

—Usted posee un talento fuera de lo común para las nimiedades —señalé.

—Sé valorar la importancia que poseen. Observe mi monografía acerca de las huellas de pisadas, con ciertas observaciones del uso del yeso para conservar las impresiones. Aquí también tiene una curiosa obrita acerca de la injerencia del oficio en la forma de las manos, con litografías de manos de canteros, marinos, leñadores, cajistas de imprenta, tejedores y pulidores de diamantes. Es un tema de gran importancia práctica para un investigador científico, en especial en los casos de cuerpos sin identificar, o para realizar averiguación de antecedentes de los criminales. Pero lo hastío con mis manías.

—En absoluto —le respondí con vehemencia—. Para mí es sumamente interesante, especialmente luego de haber podido observar el uso de campo que hace de ello. Sin embargo, hace un momento habló de observar y deducir. Ciertamente, y en algún sentido, lo uno comprende lo otro.

—Absolutamente no —respondió Holmes mientras se acomodaba en su sillón y lanzaba de su pipa, hacia la altura, densas volutas de humo de color azul—. Por ejemplo, la observación me permite advertir que esta mañana estuvo en la oficina de correos de Wigmore Street; pero la deducción me indica que, cuando llegó allí, envió un telegrama.

—¡Cierto! —exclamé—. ¡Dio en el blanco en las dos cuestiones! Pero he de confesar que no alcanzo a entender de qué forma pudo saberlo. Fui por un arranque repentino y no comenté con nadie el tema.

—Es elemental —dijo él, sonriendo, ante mi asombro—. Es tan condenadamente simple que cualquier explicación parece superficial; no obstante, puede ser útil para establecer los límites de la observación y la deducción. La observación me permite advertir que tiene usted pegado a su calzado algo de barro rojo. Delante de la oficina de correos de Wigmore Street, recientemente levantaron el pavimento y sacaron tierra, de modo que se dificulta no pisarla cuando se ingresa. Hasta donde sé, esa tierra tiene un color rojo típico que no se halla en ningún otro sitio de los alrededores. Hasta aquí es observación. Lo demás es deducción.

—¿Cómo dedujo la cuestión del telegrama?

—Vamos a ver. Tenía conocimiento de que usted no había estado escribiendo ninguna misiva, porque estuve sentado frente a usted durante toda la mañana. Veo asimismo allí, en su escritorio abierto, que hay una hoja de sellos y un buen paquete de postales. ¿Para qué otra cosa iría a las oficinas de correos sino era para mandar un telegrama? Cuando se descarta el resto de los factores, el que resta debe ser el verdadero.

—En este ejemplo lo es sin duda —respondí tras pensar brevemente—. Como asegura, es muy simple. ¿Le parecería insolente que le hiciera un test más serio a sus teorías?

—Al contrario —me respondió—; con algo así me ahorraría una segunda dosis de cocaína. Me fascinaría profundizar en cualquier asunto que me pudiera presentar para mi consideración.

—Le he escuchado afirmar que es muy difícil que una persona use cotidianamente algún objeto sin imprimir en él su personalidad, hasta el extremo de que un observador adiestrado podría leerla. Muy bien: he aquí un reloj que tengo hace escaso tiempo. ¿Sería tan amable de darme su opinión sobre el temperamento y las costumbres de su dueño anterior?

Le alcancé el reloj, con cierto regocijo interior, porque, desde mi punto de vista, no era posible que comprobase nada y quería que se transformara en un correctivo para ese dejo más bien dogmático que a veces adoptaba Holmes. Hizo balancear el reloj en su mano, miró fijamente el cuadrante, abrió la tapa de atrás y observó la máquina, primero a simple vista y a continuación con una lupa potente. Debí contenerme para no sonreír ante su rostro ensombrecido al cerrar de un golpe la tapa y regresarme el reloj.

—Apenas hallé algún dato —afirmó—. No hace mucho que el reloj fue limpiado, y esto ha hecho desaparecer los detalles más interesantes.

—Está en lo cierto —respondí—. Lo limpiaron antes de enviármelo.

En mi interior, inculpé a mi amigo por emplear una excusa lábil para tratar de disfrazar su derrota. ¿A qué conclusiones esperaba llegar a través del reloj si este hubiese estado sucio?

—Sin embargo, el estudio del reloj, aunque insuficiente, no ha sido del todo infértil —comentó mientras observaba al cielorraso fijamente, con la mirada inquieta y los ojos entrecerrados—. Salvo que me corrija, yo aseguraría que el reloj era de su hermano mayor y que este, a su vez, lo heredó del padre de ambos.

—Sin duda, lo ha inferido de las iniciales H. W. que están en la tapa posterior, ¿verdad?

—Así es. La W. rememora su apellido. La fecha del reloj es de hace cincuenta años, y las iniciales tienen la misma antigüedad del reloj. Por consiguiente, fue fabricado para la generación precedente a la actual. Lo habitual es que las joyas las herede el hijo mayor; también es muy posible que lleven el nombre del padre. Me parece recordar que su padre murió hace muchos años; de modo, entonces, que el reloj ha permanecido en manos de su hermano mayor.

—Hasta allí es correcto —dije—. ¿Hay algo más?

—Era una persona muy poco aseada y descuidada. Tenía muy buenas expectativas en la vida, pero no aprovechó sus oportunidades; durante un tiempo vivió en la privación, con breves períodos aislados de bonanza y, finalmente, se dedicó a la bebida y murió. No hay más que pueda deducir.

Me paré de un salto y rengueé impaciente por la sala, apenado en mi interior.

—Esto no es digno de usted, Holmes —le espeté—. No lo hubiese considerado capaz de humillarse hasta tal punto. Realizó pesquisas sobre mi pobre hermano, y ahora trata de hacerme creer que dedujo de una manera extraordinaria esos datos que ya poseía. ¡No ha de imaginar que yo voy a aceptar que ha inferido todo eso del antiguo reloj de mi hermano! Lo que hizo es descortés y, para decirlo sin vueltas, tiene algo de palabrería.

—Mi estimado doctor, le solicito que acepte mis disculpas —me respondió con cortesía—. Tomando el tema como un caso abstracto, no tuve en cuenta que podía ser algo personal que le causara sufrimiento. Sin embargo, le afirmo que jamás me enteré de que tuviese un hermano hasta el instante en que me dio su reloj.

—Por lo más sagrado, ¿cómo arribó a esos hechos? Se ajustan en todos los pormenores.

—Solo fue buena suerte, porque únicamente podía referirme a lo que tenía un porcentaje más alto de probabilidades. En absoluto suponía que iba a ser tan exacto.

—Pero ¿no se trató solo de suposiciones?

—No, no; nunca las hago. Ese es un hábito desagradable, que anula la capacidad de razonamiento. La sorpresa proviene solo del hecho de que no ha seguido los pasos de mis pensamientos, ni ha advertido los hechos mínimos de los que se pueden extraer deducciones fundamentales. Por ejemplo, comencé diciendo que su hermano era descuidado. Si nota la parte de abajo de la tapa del reloj, verá que tiene dos abolladuras, pero que además hay cortaduras y marcas por todos lados, por guardar en el mismo bolsillo otras cosas duras, como llaves y monedas. Por supuesto, no es una gran cosa deducir que un hombre que trató así tan excelente reloj de cincuenta guineas debe de ser descuidado. Ni tampoco es una deducción traída por los pelos el hecho de que alguien que recibe una joya tan valiosa haya heredado otros bienes.

Asentí con un gesto de la cabeza para referir que seguía el razonamiento atentamente.

—Entre los prestamistas ingleses, es algo habitual que cuando toman en prenda un reloj marquen con un punzón en la parte interna de la tapa el número del recibo. Es más seguro que una etiqueta y no existe riesgo de que se

pierda o se cambie el número. Con la lupa, pude ver en el interior de esta tapa por lo menos cuatro de estos números. De esto se infiere que su hermano habitualmente se hallaba en apuros. Una deducción accesoria: tenía momentos de bonanza, puesto que, en caso opuesto, no habría estado en condiciones de desempeñar el reloj. Finalmente, le pido que observe la chapa posterior, la de la llave. Fíjese en los miles de rasguños alrededor del agujero, o sea, las marcas de los resbalones de la llave de la cuerda. ¿Puede un hombre en estado de sobriedad dejar todas estas marcas? El reloj de una persona que se emborracha nunca carecerá de tales rasguños. Dan cuerda al reloj por las noches y dejan esos arañazos debidos al temblequeo de sus manos. ¿Encuentra algo misterioso en todo esto?

—Claro como la luz de la mañana —respondí—. Me pesa haber sido injusto. Debí creer más en sus extraordinarias facultades. ¿Puedo saber si tiene actualmente en curso alguna investigación profesional?

—En absoluto. Eso explica el tema de la cocaína. No soy capaz de estar sin que mi cerebro trabaje. ¿Para qué vale la pena vivir si no? Vea por esa ventana. ¿No es un mundo sombrío, lastimoso e inútil? Observe cómo la bruma amarilla va por las calles y entra en las casas marrones y grises. ¿Hay algo más irremediabilmente trivial y burdo? ¿Para qué posee uno facultades, doctor, si no tiene dónde

ponerlas en práctica? El crimen es algo prosaico, la vida es prosaica, y no hay en este mundo lugar más que para las capacidades comunes de la persona.

Ya había abierto yo la boca a fin de responder a esas afirmaciones, pero, después de unos enérgicos golpecitos en la puerta, nuestra patrona entró con una tarjeta en la bandeja de metal.

—Una joven dama pide por usted, señor —dijo en dirección a mi amigo.

—Señorita Mary Morstan —leyó él—. ¡Mmm! No tengo memoria de este nombre y apellido. Pídale a la señorita que suba, señora Hudson. No se vaya, doctor. Me gustaría que se quedara.